

X

EN QUE SE PRESIENTE EL FINAL.

Διὸ δεῖ ἕλθει πᾶς εὐδὴς ἐκ νῆων,
ὡς ὁ Πλάτων εἶπεν, ὅτι χείρων
τε καὶ ἁβεινότες οἱ δεῖ ἢ ἅρ' ἀρετῇ
παῖδες εὐγενεῖς.

ARISTÓTELES. *Ética*, II, 2.

Eran las cuatro cuando, al día siguiente, Pausole y sus dos ministros fueron recibidos en la casa de la calle de Aman-dines, en donde el bueno del Rey, por bueno que fuese, no creía entrar como padre.

Desde por la mañana, Gilillo había empleado celo y paciencia, primero para persuadir al Rey que aquella visita estaría llena de atractivos; y, luego, en instruir secretamente á sus huéspedes, á fin de que le hablasen cual convenía.

El director de la Sociedad condujo á Pausole hasta una butaca, se inclinó tres veces delante de él, y, por fin, con voz satisfecha y puntuada, leyó la alocución siguiente :

« Señor : La Unión trifemesa para el Salvamento de la Infancia no puede ser comparada con obras similares de los países limítrofes, así como tampoco las leyes de Vuestra Majestad, que están muy por encima de las naciones vecinas. Aquí, recogemos á los niños maltratados física ó moralmente, pero el peligro que pretendemos combatir no es en ni algún modo el que temen nuestros mejores colegas extranjeros, quienes no entienden como nosotros la felicidad de los niños ».

— Lo creo fácilmente, dijo Pausole.

— « Estimamos, con vos mismo, Señor, que el joven ser adquiere en edad muy temprana algún derecho á la libertad. Estimamos que, al someter á la juventud á la autoridad paterna durante veintiún años de existencia, las viejas leyes europeas prolongan en su seno una de las numerosas raíces que la esclavitud antigua mantiene aún vivas en él. El derecho del padre sobre el hijo, como el del marido sobre la mujer, no es, en el fondo, sino la garra del más fuerte sobre el hombro del más débil, y toma de la tiranía su arbitrariedad sin límites, al mismo tiempo que su pretexto y su bandera : la protección. El móvil que impulsa

á un ciudadano libre á encerrar á su hijo en los horribles calabozos llamados internados, no es distinto del que lo empuja, durante las vacaciones, á martirizar al pobre pequeño con la palma de la mano ó con la punta de la regla. El hombre, que ya no tiene derechos sobre la libertad del hombre, y que ya no puede impunemente secuestrar ó pegar á un esclavo humano, sigue conservando en todas partes su poder sobre la persona del niño; y, como su naturaleza le inclina á abusar de todos los poderes que se le dan, abusa de ése, para indemnizarse de haber perdido los demás.»

— Muy bien pensado, dijo Gilillo.

¿Verdad, Señor?

— Muy bien, dijo Pausole.

— «Consideramos como abuso de poder paterno toda traba á la libre expresión y al libre ejercicio de las voluntades del niño, si esas voluntades sólo á él comprometen. Ofrecemos asilo á todos los niños desgraciados, sin preguntarles por qué padecían en su familia, pero observando con legítimo orgullo que son felices en esta casa. Mantenemos en ellos espontánea afición al estudio, en vez de hacerles

odiar toda clase de trabajo encerrándolos en la sala de clase. No es menor su emulación, y más de una vez hemos comprobado que, con un maestro querido, la esperanza de las recompensas vale el temor de los castigos. Los dos sexos educados juntos aprenden á conocerse uno á otro, lo cual les expone menos á crueles equivocaciones para más tarde. Cuando les place ir á jugar, libres son de hacerlo. Nada les está prohibido, salvo el disputarse. Se reúnen como les place, así en el patio como en el dormitorio. Respetando las leyes naturales más que los principios de los hombres, no encerramos los sentidos de nuestros alumnos en una continencia artificial que se desahogarfa de otra manera, comprometiéndolo así su frágil salud. Favorecemos, al contrario, la expansión de las juventudes precoces, convencidos de que al retrasar el amor no se hace sino volverlo más temible; y que el suplir el placer por el ensueño es hacer pésima cosa. No puede llamarse á eso educación, en el sentido verdaderamente elevado de la palabra...»

Pausole interrumpió el discurso :

— ¿Y cuando les piden á ustedes consejo esos niños?

— Señor, tratamos de apartarlos de las amistades particulares, pero no es sino para presentarles las amistades múltiples como un mejor empleo de sus jóvenes tendencias. El amor, el amor exclusivo de una persona individual, el amor, en fin, tal como es enseñado en las clases de literatura de los liceos franceses ó alemanes, es en efecto una tragedia que, las más de las veces, da como resultado la locura furiosa de Orestes, el triste fin de Margarita, ó el lamentable suicidio de Romeo y de Julieta. Los diarios de gran circulación están llenos de semejantes catástrofes. Penetrados del deber que nos incumbe y de la influencia saludable que podemos ejercer, enseñamos á nuestros alumnos los peligros de un amor único; cierto que aportamos á esto el tino y la discreción que semejantes asuntos exigen, pero no podríamos olvidar, en presencia de nuestros huérfanos, que en ello estriba su salud moral y su porvenir.

— Les apruebo á ustedes sin reticencia alguna. Favorezcan ustedes, favorezcan las tiernas expansiones. De sobra se ven, con lo que pasa del otro lado de nuestras fronteras, los efectos paralelos de los

dos grandes sistemas. Por una parte, las clases superiores, la claustración y la continencia obligatoria de la juventud, contra la naturaleza y el buen sentido, han producido la raza endeble y anémica en la cual se marchita hoy la aristocracia europea. Al contrario, ¿de dónde vienen los obreros robustos, los que manejan pesados martillos, las distribuidoras de pan? De Charonne y del East End, de Whitechapel y de Ménilmontant, de los largos arrabales de Hamburgo y de las cloacas de Marsella, de todos los medios, en fin, en donde crece libremente la infancia, mezclándose y uniéndose según sus instintos, sin traba alguna.

Cansado de haber hablado tanto, Pausole preguntó, antes de descansar :

— ¿Consiguen ustedes el fin que se proponen?

— No siempre, contestó el anciano. Sin embargo, estamos satisfechos, siquiera sea por comparación. Una sociedad de un país vecino (obra de la que por cierto hablaré con todo el respeto que merece *a priori* una institución caritativa) se ha dado por misión el no entregar á sus pupilas sino vírgenes ó casadas. Se ignora fijamente el por qué, pero he aquí

algunas cifras : en trece años, esa Sociedad ha recogido cerca de dos mil ciento cincuenta niñas...

Gilillo chilló :

— « Es mucho, dijo Cándido. »

El presidente continuó :

— Y sobre tan enorme cantidad de jóvenes nubilidades, ¿sabéis á cuántas muchachas ha casado?... Á dos.

Gilillo masculló :

— « Es mucho, dijo Martín. »

Pero el presidente permanecía grave :

— Nosotros, al contrario, desde hace siete años, de ochocientas cuarenta y seis muchachas, hemos conseguido que ochocientas doce prodiguen sus encantos. Me atrevo á decir que, dado el fin respectivo de cada Sociedad...

— La de usted supera á la otra, afirmó Pausole. Sin asomo de duda.

— ¿Se digna Vuestra Majestad reconocer nuestros esfuerzos?

— No sólo les apruebo á ustedes, sino que los subvenciono, dijo Pausole. Apunto sesenta mil francos para ustedes en mi presupuesto de Gobernación. Si no basta esta suma para sus buenas obras, díganlo á mis ministros : será aumentada.

El anciano se inclinó profundamente;

luego, con voz de repente alterada, balbució :

— La acogida tan atenta... que Vuestra Majestad... la aprobación, quiero decir... tan halagüena... que reciben aquí nuestras ideas... nuestras tentativas... nuestros ensayos de realización... me anima á..

— ¡Pero hable usted!

— Señor, lo que tengo que comunicaros es de orden tan confidencial.. que no me creo con derecho á exponerlo en este momento...

— Retírense, amigos míos, dijo Pausole á sus consejeros... Ya puede usted hablar, caballero : estamos solos.

— Ayer, á las siete de la tarde, hemos visto entrar aquí... á una augusta visitante, Señor... Su Alteza la Princesa Alina.

Pausole botó.

— ¿Aquí?... ¿Mi hija aquí?... ¿en este lugar de perdición y de proxenetismo?

— Pide socorro... murmuró el anciano casi desfalleciente.

— ¿Y, contra quién?

— Contra su destino, Señor, contra su destino... no acusa á nadie.

— ¿Está sola?

— Sola del todo.

— ¡Dígale usted que la estoy esperando!
¡se echará en mis brazos!

— Sí... pero, antes, pide que le aseguremos... las libertades que ha poco os parecían tan equitativas, Señor, y que declarabais justamente ofrecidas á la juventud de los dos sexos...

— ¿Qué significa todo eso?... ¿Dónde está mi hija?... Quiero verla en seguida.
Pidieron á la joven que entrara

* * *

Como para afirmar por una señal exterior todas las libertades que ya se había ella tomado, Lina había adoptado el traje nacional de las trifemesas : el pañuelo de color en la cabeza y las chinelas.

Dió algunos pasos, muy orgullosa de su desnudez simbólica, pero un poco tímida también.

Pausole la estrechó en sus brazos.

— ¡Hijita mía! ¡criaturita mía! ¿por qué te has marchado?

— Porque conocí á una amiga muy buena, papá, y porque en tu palacio me prohibías que amara á nadie.

— ¿Y, con quién te has marchado?

— Con una bailarina de Ópera.

— ¿Una bailarina? entonces, la cosa no tiene importancia.

— ¡Ah! dijo Lina.

Pausole la abrazó de nuevo.

— ¿Estás ya dispuesta á volverte con-



migo? ¿Me abrazas?

— Sí, papá. Te digo : « Sí » en seguida. Me dice

el corazón que te seguiré á todas partes ; pero también me anuncia que vas á decirme, y en seguida como yo, al oído, algo muy agradable.

— ¿Que te quiero mucho?

— Y que me dejas libre.

— Pero, en fin, ¿por qué?

— Porque me quieres mucho.

Muy emocionado, miró Pausole á su

hija. Guardó silencio largo rato, cual si una lucha profunda y casi penosa se riñera bajo su pecho entre los varios consejos de su cariño paternal. Luego dijo, algo tristemente.

— Bien, veremos, hija mía. Te quiero lo bastante para hacerte más feliz que yo.



EPÍLOGO

Sat prata biberunt, como dice el viejo Horacio.

Le Temps, 20 de noviembre de 1900.

De regreso á palacio aquella misma tarde, al cabo de una marcha muy penosa que duró cerca de una hora y cuarto, el Rey Pausole pasó tres días en silenciosas meditaciones.

Trifema, después de marchado el Rey, recobró su aspecto habitual. La joven premiada por el Sr Lebirbe siguió dando cada noche el recomendable ejemplo que le había valido las palmas. Mirabella, desesperada al saber que Pausole se había llevado á su hija, se fué no obstante, de noche, al monumento de Félicien Rops, en donde sabía que encontraría á Galatea. Ambas se unieron aquella noche hasta los últimos vértigos de la sensación,